Al caer de la lluvia

LLEGAN para esta montaña los días tristes. Las nubes envuelven sus cimas. La lluvia cae desde las nubes, monótona, tenaz incansable. Adquiere el mar los matices del plomo; hasta la espuma de las olas pierde en blancura y transparencia.

Los caminos se embarran, los veraneantes hacen sus maletas; un viento húmedo y frío sacude las hojas en los árboles; los hoteles de estos Rosales, donde llevo dos meses de trabajo y de soledad, empiezan á desocuparse; carros con baúles y coches con personas, pasan por frente á mis balcones, dirigiéndose á la estación. Dentro de tres ó cuatro días nadie me acompañará con sus saludos en este deleitoso retiro, que ha traído á mi cuerpo la salud y ha tonificado las nerviosidades de mi alma.

Necesarias me eran una cosa y otra para seguir viviendo con los músculos fuertes y con la conciencia tranquila. La flojedad del cuerpo se traduce en debi-

lidades para el espíritu, y le hace juguete de vicios y pasiones. Ni de unos ni de otras volveré á ser esclavo cuando, terminadas mis tareas, cumplido en estas soledades el santo deber del trabajo que á ellas me condujo, vuelva á ese Madrid, donde todo género de luchas me aguardan.

Hoy es imposible salir. La lluvia me encarcela en este despacho, medido cientos de miles de veces por el vaivén de mis pisares. En la mesa, cerca de mí se alzan montones de cuartillas escritas con letra desigual. Son artículos, escenas, versos... Toda mi labor de estos dos meses que hoy se cumplen. La lluvia conmemora el aniversario llorando lágrimas anchas sobre los vidrios del balcón.

Delante de mí hay una cuartilla; sobre ella, aún húmedas, recién escritas, se destacan estas tres palabras: *Amor, placer, dolor*. Las leo, y después de leerlas, quedo con la pluma en alto y los ojos puestos en el espacio gris por donde gotea la lluvia.

Amor, placer, dolor. Verdaderamente, el amor se resume en estas dos últimas palabras. Quien sólo vea en el amor el placer de gozarlo, no ha disfrutado más que la mitad del amor; no lo conoce bien, no lo ha vivido por entero.

En amor, es tan hermoso gozar como sufrir. Hay una extraña delicia, una voluptuosidad suprema en sufrir por el ser amado. Los grandes amadores lo saben.

Exprimir el placer en su copa de oro hasta arrancarle la gota última de su esencia divina, es sublime labor, goce inefable, durante el cual se deja de ser hombre para transformarse en criatura alada, que sube y sube, derramando y absorbiendo felicidades por celestes espacios.

Pero hay labor tan sublime como exprimir el placer en su copa de oro: exprimir el dolor gota á gota y saborearlo, hasta la gota última también, en su copa de trágicos y cortantes bordes.

Vivir el dolor, entregarse á él, sumergirse en él, escarbar las heridas que el amor produce á nuestra alma, es también un goce. Lástima siento por los que no saben ni pueden disfrutarlo, por esas vulgares criaturas que echan carcajadas estúpidas sobre el dolor para enterrarlo dentro de ellas, y sustituyen el amor perdido con nuevos amores, sin tener la dignidad de sus amarguras, sin sentir éstas, sin conceder al dolor su grandiosa soberanía.

¡Pobres criaturas!... Los grandes amadores, los que saben emborracharse de dolor, como antes se emborracharon de placer, sólo desdén y risa pueden sentir hacia ellas; más todavía que risa y desdén, compasión y desprecio.

Tales criaturas mueren sin entrar en el templo; se quedan á la puerta. Sólo el eco de la oración recogen.

Estos pensamientos van y vienen por mi cerebro,

mientras mis ojos van y vienen por la cuartilla á medio escribir, mientras la lluvia lagrimea sobre los cristales.

Gran belleza tienen los días claros, cuando el sol brilla como un disco de fuego en el cielo azul, y mar y montaña son esmeraldas, y es el canto de los pájaros y la alegría de los hombres himno de placer que sube á la altura, saludando al padre augusto de la luz.

Bellos son tales días; pero no lo son menos estos otros, durante los cuales montaña y mar tienen dulcísima melancolía en sus pálidos verdes, y los pájaros cuchichean sobre los árboles, y los hombres se deslizan como sombras entre la niebla, y mar y aire sollozan, y las nubes se deshacen en lágrimas contra la tierra.

Miro caer la lluvia del cielo con la frente apoyada en el vidriaje que la lluvia humedece; el aire sacude las hojas de los álamos que hay delante de mi ventana; las gotas de agua se desprenden de aquellas hojas y dan en las hierbas de la pradera con triste y sombrío rumor. Las ruedas de un coche suenan á lo lejos; el ruido causado por ellas se aproxima; el coche pasa junto á mí. Son mis vecinos del último hotel, que emprenden su regreso á la corte y me saludan al pasar.

«Adiós, hasta la vista», me dicen; y yo, que apenas los traté, siento pena al verlos marchar. Van contentos; en sus ojos luce la esperanza, en sus labios sonríe la alegría. Es que el recuerdo de Madrid será pronto realidad para ellos, y empiezan á saborearlo con los mirares puestos en el camino que lleva á la estación.

Ya no los veo; ya desaparece el coche entre los árboles; ya vuelven á apoderarse del paisaje el silencio y la soledad.

Mis ojos caen otra vez sobre las cuartillas amontonadas encima de la mesa. La pluma tiembla entre mis dedos; las cuartillas, aún vírgenes, blanquean delante de mí. Cuartillas y pluma parecen decirme: «¿Qué haces ahí inmóvil? Trabaja; emborrona el papel que necesitas aún emborronar. Esperanzas y realidades están para tí en estos montones de papel, en estos versos, en estos artículos, en estas escenas... Trabaja, concluye tu labor. En tu trabajo está el porvenir; y no el tuyo, el de otros seres que te son queridos; el de otros seres que sólo en tu trabajo pueden esperar. No es el aplauso, no es la gloria lo más grande que puede haber en esas cuartillas... ¡Aplauso!... ¡Gloria!... ¡Eso antes!... Ahora no es en tí en quien has de pensar. Otros y para otros deben ser los pensamientos, las esperanzas tuyas. Trabaja.»

La pluma se apoya sobre las cuartillas, y mi trabajo diario empieza, acompañado por el monótono caer de la lluvia...